

## ROMANCES DE LA PASIÓN

HACE 380 AÑOS ...

Ya nuestros antepasados llenaban con sus bravos cánticos la maravillosa y dolorida noche de Jueves Santo. Hemos preguntado a los más mayores y no se sabe a ciencia cierta cuándo y cómo empezó a hacerse tradición popular en Sotés.

Tampoco hay certeza documentada de cuándo escribió Fray Félix Lope de Vega sus todos romances sobre "La Pasión del Señor". Quizá fuera en un periodo arrebatador de su ajetreada vida, desde luego que no todos de seguido, sino probablemente desde 1614 hasta su muerte, acaecida diecinueve años más tarde.

Aunque para entender estos cánticos habría que hacer una biografía extensa y completa, se deben situar como un fruto maduro de una persona apasionada en todo, en el amor y en el pecado. Sus Romances son el latido y el anhelo de un alma que está en el fondo de un pozo, pero que sabe que, a fuerza de gritos y de súplicas, de dolor contenido, de paciente espera y de inquebrantable esperanza ... un día llegará a vivir junto a aquellas estrellas que hoy sólo ve lejanas e inaccesibles. El que hable a Dios con este lenguaje -fe, esperanza y amor- Dios le escuchará.

En pleno Siglo de Oro, Félix Lope de Vega y Carpio lo desborda todo. El mismo Cervantes le apellidó "el monstruo". Escritor extraordinario y genial. Los versos de El Romance son una pequeña muestra de sus numerosísimas obras literarias. Con un lenguaje clásico y una mentalidad propios de la época, nos acerca desde el drama de su vida a otro drama, el de la Pasión de Jesús. La riqueza del vocabulario, la fuerza de las imágenes, los diálogos con los personajes llenos de vitalidad hacen que nos sintamos implicados y reflejados.

Decir queda, por último, que la versión que nosotros cantamos no son todos los romances que él compuso, sino una selección en cuatro secciones: A la despedida de Jesús de su Madre, A la Oración del Huerto, Al "Ecce Hamo", A la Cruz.

*ROMANCES DE LA PASION  
EN LA PROCESION DEL JUEVES SANTO*

CRISTO SE DESPIDE DE SU  
MADRE

Los dos más dulces esposos,  
los dos más tiernos amantes,  
los mejores Madre e Hijo,  
porque son Cristo y su Madre.

Tiernamente se despiden,  
tanto que solo en mirarse  
parece que entre los dos  
se están repartiendo el cáliz.

Hijo, -le dice la Virgen-,  
ay! si pudiera excusarse  
esta llorosa partida,  
que las entrañas me parte!.

A morir vais, Hijo mío,  
por el hombre que criaste;  
que ofensas hechas a Dios  
sólo Dios las satisface.

No se dirá por el hombre:  
"quien tal hace que tal pague",  
pues que Vos pagáis por él  
el precio de vuestra sangre.

Ya sienten vuestros azotes;  
porque vuestra tierna carne,  
como es hecha de la mía,  
hace que también me alcancen.

Mirando Cristo en María  
las lágrimas venerables,  
a la Emperatriz del cielo  
responde palabras tales:

-Dulcísima Madre mía,  
Vos y yo dolor tan grande  
dos veces le padecemos,  
porque le tenemos antes.

Con vos quedo, aunque me voy;  
que no es posible apartarse  
por muerte ni por ausencia  
tan verdaderos amantes.

Madre, yo voy a morir,  
porque ya mi Eterno Padre  
tiene dada la sentencia  
contra mí que soy su imagen.

Por el más errado esclavo  
que ha visto el mundo, ni sabe,  
quiere que muera su Hijo;  
obedecerle es amarle.

Para morir he nacido;  
El me mandó que bajase  
de sus entrañas paternas  
a las vuestras virginales.

HUERTO

Hincado está de rodillas  
a su Eterno Padre inmenso  
el que a su diestra sentado  
juzgará vivos y muertos.

Como ha de morir en monte,  
en el monte está el Cordero,  
para ver, pues dio la Hostia,  
el cáliz donde le ha puesto.

A las palabras que dice  
las peñas se enternecieron;  
que, a penas de Dios, las peñas  
saben hacer sentimiento.

Al fervor de su oración  
sudó sangre todo el cuerpo,  
que sus deliciosos poros  
quedaron todos abiertos.

Echose en la tierra Cristo,  
su rostro le deja impreso;  
que es de amantes dar retratos  
cuando se están despidiendo.

Al Padre vuelve la espalda  
para que en sus hombros tiernos  
den los rayos de su ira,  
no al suelo que está cubriendo.  
ECCEHOMO

El juez más lisonjero  
que a su príncipe lo ha sido  
en un balcón de su casa  
puso al inocente Cristo.

- Véis aquí, les dice, el Hombre!  
a quien desde el cielo dijo  
con su voz el Padre eterno  
"este es mi Hijo querido".

¡Quita! ¡quita! -le responden  
viejos, mancebos y niños-  
¡muera, muera, muerte infame,  
pues Hijo de Dios se hizo!.

¡Ay!, Jesús, Hijo de Dios  
que este nombre y apellido  
no le tenéis Vos hurtado  
pues sois igual con Dios mismo.

¡Abonadle, Virgen bella,  
decid que de Dios es Hijo!  
que, puesto que sois su Madre,  
bien valéis para testigo.

Decid, ángeles hermosos:  
este es el mismo que vimos  
nacer de amor abrasado  
aunque temblando de frío.

A LACRUZ

Al son de trompetas tristes  
pregones injustos dan:  
-Esta es la Justicia- dicen;  
pero no dicen verdad.

Si -esta es la Envidia- dijeran,  
bien pudieran acertar;  
mas siempre se vale el mundo  
de las disculpas de Adán.

Mucho le pesa la Cruz  
los pecados mucho más;  
con ellos ha dado en tierra  
que no los puede llevar.

Cayó Cristo y por la frente  
con el golpe desigual

se le entraron las espinas  
lo que faltaban de entrar.

Suspira el manso Cordero  
ayuda pidiendo está  
ya palos, golpes y coces  
le vuelven a levantar.

Mejor es, alma, que vos  
con vuestra Cruz le sigáis;  
porque quien tras él la lleva  
ese le viene a ayudar.

Quitáronle la corona  
y abriéronse tantas fuentes  
que todo el cuerpo divino  
cubre la sangre que vierten.

Al despegarle la ropa  
las heridas reverdecen  
pedazos de carne y sangre  
salieron entre los pliegues.

No bajan a desnudarle  
los espíritus celestes,  
sino soldados que luego  
sobre sus ropas echan suertes.

A la sangrienta cabeza  
la dura corona vuelven  
que para mayor dolor,  
le coronaron dos veces.

Asió la soga un soldado  
tirando a Cristo de suerte  
que, donde va por su gusto,  
quiere que por fuerza llegue.

Dio Cristo en la Cruz de ojos,  
arrojado de la gente  
que primero que la abraza,  
quieren también que la bese.

Hasta los pies y las manos  
de Jesús los clavos entran  
pero a la Virgen María  
las entrañas le atraviesan.

A Cristo en la Cruz enclavan  
con puntas de hierro fieras,

y a María crucifican  
el alma en clavos de penas.

Poned los ojos en Cristo,  
alma, este tiempo que os queda,  
y con la Virgen María  
estad a su muerte atenta.

Decidle: -Dulce Jesús,  
vuestra Cruz mi gloria sea:  
Animo a morir, Señor,  
para darme vida eterna.

La tarde se oscurecía  
entre la una y las dos  
que, viendo que el sol se muere,  
se vistió de luto el sol.

Tinieblas cubren los aires;  
las piedras de dos en dos,  
se rompen unas con otras,  
y el pecho del hombre no.

Desamparado de Dios  
del hombre puesto en un palo,  
el alma tiene Jesús  
en sus santísimos labios.

Con voz poderosa dice:  
(cielos y tierra temblando)  
-Mi espíritu, Padre mío,  
pongo en tus sagradas manos.

Expiró el dulce Jesús,  
y del sangriento holocausto  
sale aquella alma obediente,

dejando el cuerpo entre clavos.

Rompióse el velo del templo,  
cayeron los montes altos,  
abriéronse los sepulcros  
y hasta la piedras hablaron.

Mas llamando encantamientos  
el pueblo tales milagros  
quebrarle quieren los huesos  
que sólo quedaban sanos.

y como le hallaron muerto  
por ir seguro un soldado,  
puso la lanza en el ristre  
arremetiendo el caballo.

y abrió por el santo pecho  
tanta herida a Cristo santo  
que se le vio el corazón  
como a un buen enamorado.

Ya salen los sacramentos,  
ya el bautismo y el pan santo;  
que como es horno de amor,  
sale el pan Dios abrasado.

En la ventana del cielo  
ha quitado Dios el marco,  
para que los hombres vean  
que no tiene más que damos.

Pues, dulcísimo Jesús,  
si después de pies y manos,  
también dais el corazón,  
¿quién podrá el suyo negaros?